

069. El don de los hijos

Se iba a celebrar el Jubileo de la Familia en el Año Santo del ‘‘2000, precedido de un Congreso al cual asistirían cinco mil participantes de más de cien países, y el Papa Juan Pablo II en persona eligió el lema de la magna Asamblea, cifrado en estas palabras: *Los hijos, primavera de la familia y de la sociedad*.

Precioso, sin discusión, eso de *primavera...* Porque la primavera es verdor, es esperanza, es alegría, es amor... Y esto son los hijos que vienen al hogar.

Este anuncio tan bello y prometedor del Papa venía a desenmascarar —sin pretenderlo, desde luego— las declaraciones de una desaprensiva mujer aparecidas hacía poco en un prestigioso periódico de Roma. La entrevistada, de 42 años, no pudo hablar con más descaro en aquel largo reportaje, cuando aseguró entre otras cosas:

- *‘‘Soy egoísta, me amo mucho a mí misma, ... Tener un hombre a mi lado, sí, un compañero para la vida. Pero hijos, no. Quiero vivir mi propia vida: me basto yo, y me basta mi compañero. No quiero hijos. Aunque creo en el matrimonio, como buena relación de pareja. Me basto yo sola, y estoy muy bien con mi compañero’’*. No sigo copiando más barbaridades (La Repubblica, 9-II-2000)

Como un desmentido de Dios a esta descarada, el mismo periódico traía después otro reportaje, con espléndida fotografía, de otra mujer, inglesa, también de 42 años, esposa de un carpintero, admirada en todo el Reino Unido. Estaba esperando el número 21, y sus declaraciones eran un encanto:

- *‘‘¿Qué hay de extraño en ello? Yo adoro a los niños. El primero vino el año 1979 y en Noviembre próximo espero el que está viniendo. Este que viene fue el mejor regalo que me hizo mi esposo el día de mi cumpleaños. Lo único que me da pena es cuando los niños crecen y empiezan a ir a la escuela. Yo los quisiera siempre pequeñitos en casa, junto a mí’’*. La buena mujer decía preciosidades (Los Pridham, en Lincoln, Inglaterra. – La Repubblica 3-IV-2000).

En estos dos testimonios tenemos el sentir del mundo moderno.

Por una parte, en el testimonio primero, lo inaceptable de todas maneras, se mire por donde se mire; el egoísmo más refinado y descarado, el grito escandaloso contra el mismo sentir de la naturaleza. Al escuchar declaración semejante, no dudo que cualquiera de nuestras queridas radioyentes ha sentido una repulsión violenta. Hay que dejar ciertas posiciones sólo al juicio de Dios...

Por otra parte, el grito también de la naturaleza que está proclamando a los cuatro vientos la belleza de una nueva vida, el encanto primero del hogar, el colmo de las ansias más profundas de los esposos, la bendición más cumplida de Dios. Hechas las dos declaraciones en un salón abarrotado de gente, ¡qué silbidos de protesta se llevaría la primera! ¡Y qué aplauso más interminable cosecharía la segunda! El que le guarda Dios, desde luego, y que le daremos todos en aquel día que llegará.....

¿Cómo mira al niño el sentido natural, cuánto más el sentido cristiano? Lo mira, ante todo, como imagen de Dios. Es lo primero que salta a la vista cuando se le aplica al niño la primera definición que del hombre y de la mujer leemos en la Biblia: *‘‘Dios los creó a su imagen y semejanza’’*.

El niño que viene trae impresa en sí esa imagen de Dios, toda inocencia, toda amor. Imagen que ha plasmado el mismo Dios, el Creador, aunque para esa nueva vida ha pedido y ha aceptado con bondad la colaboración generosa de los padres. El padre y la madre entonces, ¿no sienten el orgullo de ser unos consumados pintores o escultores cuando así saben reproducir en el lienzo o en el mármol del hijito nada menos que el retrato o la escultura de Dios?...

Sabiendo lo que es el niño que Dios les ha regalado y que ellos regalan ahora a Dios, los padres se empeñan en formarlo para la sociedad humana y para la sociedad celestial. En aquel Congreso de la Familia durante el Gran Jubileo, sonaron voces muy autorizadas que lo proclamaban con energía y con entusiasmo singular.

Una de esas voces, mundialmente conocida, atestiguaba: *“Formar a un hijo significa, en definitiva, hacerlo encontrarse con Jesús. Es necesario partir el Evangelio en la familia como se parte el pan diario, viviéndolo en las grandes y en las pequeñas ocasiones”* (Clara Lubich, Fundadora de los Focolares)

Y seguía otra voz también famosa: *La Palabra en la liturgia doméstica es donde se encuentran hijos y padres, y por la que se transmite la fe a los pequeños* (Kiko Argüello, Fundador de los Neocatecumenales)

Y proseguía una tercera voz: *El estar así con los hijos y ocuparse de ellos, “ayuda a los padres a percibir a los hijos como un don, y no como un problema”* (Salvador Martínez, Coordinador de los Carismáticos)

La nueva vida que ha venido al hogar es un don de Dios para todos.

Para el mismo que la ha recibido, por de pronto. Porque ese niño o esa muñequita son personas en el pleno sentido de la palabra, a las cuales se les abre sonriente la vida. Y son sujetos de un destino eterno en el seno mismo de Dios.

Son un don para los padres, que ven prolongada y perpetuada su propia vida en ese fruto de su amor.

Son un don para la sociedad, que recibe fuerte inyección de vida con cada nuevo ser que se le asocia.

Son un don para la Iglesia, el Pueblo de Dios, que multiplica así los candidatos a la Gloria.

Primavera de la familia y de la sociedad, llamó acertadamente el Papa a los hijos que vienen. Primavera que, por Dios y los papás, se renueva y perpetúa sin interrupción hasta el final de los tiempos...